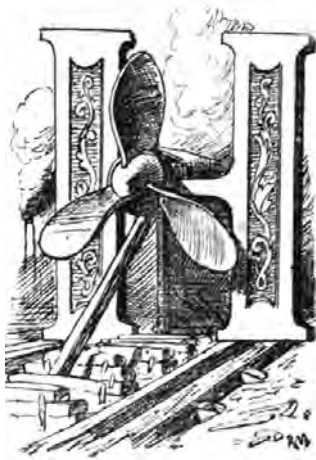


EL JUAN SEBASTIÁN DE ELCANO Y SU CONTRIBUCIÓN A LA FORMACIÓN DE LOS GUARDIAMARINAS

Victoriano GILABERT AGOTE



ACE ya 90 años que los guardiamarinas de la Armada española aprenden a navegar a bordo de un velero que lleva el nombre del primer marino que dio la vuelta al mundo. Desde entonces, el *Juan Sebastián de Elcano* regala todos los años a los futuros oficiales de la Armada una aventura que está al alcance de muy pocos.

El nombre del gran navegante vasco es muy apropiado para un buque en el que se enseña que las lecciones del pasado ayudan a trazar el camino hacia el futuro y en el que se infunde el espíritu de la profesión de marino, un espíritu que ha permanecido inalterado con el paso del tiempo. La impronta de la tradición y el porte del barco hacen que sea admirado por todos los que lo conocen y muy querido por los que navegan en él. Impresionados por su renombre, todos los

guardiamarinas esperan con ilusión e impaciencia que llegue el momento de su embarque.

Pero el *Juan Sebastián de Elcano* es mucho más que un bonito barco de época y un guardián de la tradición. A pesar de su veteranía, todos los años cumple con su misión como buque escuela de una Armada con vocación de futuro, adaptándose siempre a los nuevos retos que se presentan. Sus cruceros de instrucción siguen siendo el primer encuentro prolongado con la mar para los que quieren ser oficiales de la Armada y una parte esencial de su educación profesional.

Esa contribución del *Juan Sebastián de Elcano* a la formación de los guardiamarinas comienza por lo primero que se espera de un buque escuela:



Reunión de grandes veleros en Den Helder. (Foto: www.armada.mde.es).

proporcionar conocimientos. Los alumnos embarcan para aprender, para saber más, para adquirir y perfeccionar las destrezas necesarias en la profesión que han elegido. Por eso tienen que superar un plan de estudios y, al igual que en cualquier otro lugar donde se imparte enseñanza, asisten a clases, realizan prácticas y trabajos y han de superar las inevitables evaluaciones.

Pero el aprendizaje a bordo va más allá de objetivos académicos y de su reflejo en frías calificaciones. En la rutina diaria del buque se presentan muchas otras oportunidades para aumentar el saber y enriquecer la experiencia de los guardiamarinas. Además de actividades escolares, hacen prácticas de mando, montan guardias en puerto y en la mar en muy diferentes puestos, participan en actividades protocolarias e institucionales... Más aún, a lo largo de las travesías encuentran respuestas a sus dudas simplemente en las vivencias de cada día o en el contacto con marineros de más experiencia.

Entre las materias que se enseñan en el *Juan Sebastián de Elcano* hay dos que se aprenden en muy pocos lugares: la Navegación Astronómica y la Maniobra de un gran velero. A veces son cuestionadas, pues requieren un arduo aprendizaje y no parecen tener utilidad en los modernos buques de la Armada, donde el uso del sextante está completamente superado por los equipos de posicionamiento satélite y los actuales sistemas de propulsión tienen muy poco que ver con la navegación a vela.

Sin embargo, a pesar de ser disciplinas antiguas, la Navegación Astronómica y la Maniobra con velas son importantes para formar el carácter marinero de los guardiamarinas, pues les acercan a la esencia de la profesión y les ayudan a conocer mejor y a mirar con respeto al medio marino, que creemos dominar gracias a la tecnología, pero que sigue cargado de incertidumbres. También les enseñan la forma en la que los antiguos navegantes recorrieron el mundo y a admirar el coraje de quienes, como Juan Sebastián de Elcano, realizaron sus gestas impulsados por la fuerza del viento y guiados por el Sol y las estrellas.

Es por ello que la maniobra y la navegación cobran un singular valor en este velero, donde se adaptan los horarios para facilitar las observaciones astronómicas o para buscar oportunidades de hacer prácticas de maniobra. Sin duda, algunas de las imágenes más emblemáticas del barco las proporcionan los guardiamarinas cuando apuntan al cielo con sus sextantes en el crepúsculo o cuando suben por la jarcia y se distribuyen por las vergas.

La maniobra de velas en el *Juan Sebastián de Elcano* es algo muy particular del barco y contribuye a que los guardiamarinas se sientan especiales, ya que muchas veces tienen que trabajar en vergas y cofas a más de treinta metros de altura. Al principio esperan la subida a los palos con mucho respeto, incluso con temor, pero pronto se convierte en un ejercicio de superación que les fortalece y da seguridad y que, al ser una actividad intensa y compartida por todos, les ayuda a crear espíritu de grupo.



Salida del *Juan Sebastián de Elcano* desde el puerto de Cádiz para iniciar su LXXXIX Crucero de Instrucción. (Foto: www.flickr.com/photos/armadamde).

El aprendizaje en el buque escuela también presta atención a algo que quizá esté un poco descuidado en la educación tradicional española, pero que es importante para los oficiales de la Armada: el arte de hablar en público. Por ello, en cada crucero de instrucción se programa un ciclo de conferencias sobre temas tanto profesionales como culturales o históricas, con el objetivo de que todos los alumnos tengan la oportunidad de disertar en presencia del comandante, los oficiales y todos sus compañeros. Constituyen otra de las señas de identidad de la enseñanza en el barco.

Pero la formación a bordo del *Juan Sebastián de Elcano* no se limita solamente a adquirir conocimientos. Como en todo centro de formación militar, en el barco se imparte una formación integral basada en el desarrollo de valores y buenos hábitos, dando continuidad así a la labor que se realiza en la Escuela Naval Militar. Se fomentan todos los valores propios del militar, como la disciplina, el orden o la responsabilidad y, además, debido a las peculiaridades de la vida a bordo, se desarrollan de forma especial algunos de ellos.

Muy en particular, este velero es una magnífica escuela de convivencia. Los alumnos tienen que cohabitar juntos durante los meses del crucero en un espacio muy reducido. Esa limitación ayuda a comprender y a respetar más a los demás, obliga a adquirir hábitos de paciencia y generosidad que complementan muy bien al conjunto de valores que debe tener todo militar y refuerza el compañerismo ya existente en todas las promociones de guardiamarinas.



Jura de Bandera a bordo del buque escuela *Juan Sebastián de Elcano* en Santo Domingo.
(Foto: www.flickr.com/photos/armadamde).



Vida a bordo en el *Juan Sebastián de Elcano* durante su LXXXIX Crucero de Instrucción.
(Foto: www.flickr.com/photos/armadamde).

Además, la frecuente e intensa actividad sobre cubierta, que requiere tesón y sacrificio y que se realiza en condiciones a veces difíciles, ayuda a desarrollar también el trabajo en equipo y una cultura del esfuerzo muy beneficiosa para los futuros oficiales.

El embarque en el *Juan Sebastián de Elcano* sirve además para reforzar las vocaciones. De forma inevitable, el contacto directo y prolongado con la mar y la rutina de la vida a bordo van atrapando a los guardiamarinas, que se sienten cada vez más atraídos por lo que están haciendo y acaban descubriendo lo mucho que les gusta el oficio de navegante. Aprenden a disfrutar de los días de mar, a sobrellevar las largas ausencias, a soñar con los puertos que van a descubrir... Se hacen marineros en un inevitable proceso en el que su juventud y su ilusión se conjugan felizmente con el irresistible atractivo del barco y de la mar.

Parte importante de cada crucero de instrucción son las visitas a puertos extranjeros, que proporcionan múltiples ocasiones para que los guardiamarinas representen a su patria con orgullo, tanto en grupo como cada uno de ellos por separado. Aprenden lo que significa sentirse español fuera de España, conocen a compatriotas que viven lejos, descubren sus sentimientos hacia la patria añorada y reciben el cariño que se siente por nuestro país en otros lugares... Las escalas que realiza son inmejorables escuelas de patriotismo para

los guardiamarinas y les ayudan a cultivar el profundo amor a España que todos los oficiales de la Armada están obligados a profesar.

Los guardiamarinas tienen una edad y están en una etapa de su formación en la que miran a su alrededor sin prejuicios, con capacidad de sorpresa, incluso con cierta ingenuidad, y con esa mirada descubren que hacen cosas que están solo al alcance de unos pocos afortunados: cruzan el mar navegando con velas que se han izado y cazado con su esfuerzo, observan las estrellas y se sitúan con ellas en mitad del inmenso océano, conviven de forma estrecha con unos compañeros que tras largas travesías se convierten para siempre en sus mejores amigos, visitan puertos lejanos con nombres sonoros y evocadores —¡La Habana! ¡Cartagena de Indias! ¡Buenos Aires!— y conocen otras gentes y otras formas de pensar.

La intensidad de esas vivencias y la sensación de estar haciendo algo único tienen un efecto enriquecedor en la personalidad de los guardiamarinas, que a lo largo del crucero van ganando en madurez, en seguridad, en prudencia, en fortaleza y en amplitud de miras.

Sin duda alguna, los cruceros de instrucción proporcionan mucho a los guardiamarinas: enriquecen sus conocimientos, fortalecen sus valores, afianzan su vocación, estimulan su patriotismo y moldean su personalidad. Son experiencias irrepetibles que hacen que se sientan unos privilegiados y les dejan una profunda huella que forma parte de la identidad de los oficiales de la Armada española.

Las cubiertas casi centenarias del *Juan Sebastián de Elcano* no defraudan la confianza de la Armada en su buque escuela ni la ilusión de los jóvenes guardiamarinas que embarcan cada año y que, finalizado el crucero de instrucción, descienden el portalón con paso firme, llevándose un poco del navegante que dio su nombre al barco, porque se enfrentó a lo desconocido, superó grandes dificultades y culminó una inmensa hazaña al servicio de España.

